
Eduardo Lizalde

Dos poemas

ATALAYA MAYOR

Duque Cælum considerat observatque,
terram amisit.

Desde este helado mirador,
de pie sobre estas mismas losas segovianas,
contemplaba el sabio Rey los cuerpos siderales
de nerviosa pelambre y extenso vellocino,
y sus libros nocturnos,
exactos, insondables, cegadores,
trazaba y escribía:
los *Astronómicos* y los del *Acedrex*.

Y contra los ingenuos maliciosos,
de lengua aún en mantillas, que él curaba,
firmes tenía los pies sobre la tierra:
por la gracia de Dios Rey de Castilla,
de Toledo y de León,
de Galicia y de Córdoba, de Murcia,
de Algarbe y de Jaén,
todo lo que alcanzaba con la vista,
contados arte y ciencia,
eran su reino y su dominio, salvo dos espacios:
el tablero y el cielo.

Por eso en altas noches de tortura en vela,
jugaba a los escaques contra su Creador
—guerra perdida—,
moviendo astros, cometas y constelaciones
sobre el piélagos insomne.

ÁVILA

Olas de roca viva,
de cantera mordiente,
trepan contra las murallas de la ciudadela,
olas petrificadas
por el gélido viento de la villa,
que pasta en el entorno
del cercado recinto:
un corro de casitas friolentas,
sobre el páramo blanco,
pasmadas como un hato de ovejas ateridas.

Allí, bajo los astros fríos, y dulces,
el alma de la santa con sus versos humildes,
de pastora y de mártir,
subió al cielo —San Juan fue su pupilo—;
y esos muros sagrados, de imbatible eminencia,
impidieron el paso de la muerte,
que no tocó su cuerpo incorruptible
—otro de sus milagros,
como anota Fray Luis.